

# ESPAÑOLES Y RUSOS

## LA MISIÓN DE ESPAÑA

WALTER SCHUBERT

España no es el órgano de la cultura prometeica como no lo es Rusia; es su contraria, abiertamente o en secreto. De ahí que España no pueda ser representante del Occidente moderno frente a Rusia. Más bien se encuentran como aliados los rusos y los españoles, siendo la Europa actual su enemiga común. En el choque del Occidente y del Oriente España, con su cuño fuertemente oriental, lucha por el mundo de sentimientos y creencias del Oriente. Se encuentra frente a Europa. Inasequible como un castillo. Si Rusia, también inasequible, es el reino situado entre Asia y Europa, España es el reino enclavado entre Europa y África. ¿Qué somos nosotros en relación con Europa? Este es el problema del destino no solamente para los rusos, sino también para los españoles. A esta cuestión dedica Unamuno sus *Ensayos*. Ambas naciones rozan la cultura prometeica, sin sumergirse en la misma. Mientras lo restante de Europa podía desarrollarse libremente, los españoles y los rusos gemían bajo el yugo extranjero. En lucha contra los infieles —aquellos contra los moros, estos contra los tártaros—, hubieron de conservar y poner a prueba su fe cristiana. Casi al mismo tiempo quebrantaron la esclavitud. En 1480, se niega Iván III a pagar el tributo al kan tártaro; en 1492, termina Fernando con la reconquista de Granada

la época de la Reconquista. Rápidamente crecen ambos pueblos en amplitud inmensa y fundan reinos de extensión insólita. Y, por fin, la marcha triunfal del mundo prometeico llega a ser fatal para ambos. Ciertamente, logran rechazar la irrupción napoleónica. Precisamente son españoles y rusos los primeros que por un amor vehemente a la libertad infligen duros y crueles golpes a las huestes francesas. Mas, a la larga son impotentes contra las ideas de 1789. El virus destructor del escepticismo moderno y de la aversión a la fe va inculcándose más y más profundamente en su alma; el siglo XIX llega a ser para ambos una época de revolución incubada. Los primeros síntomas de la tensión interior coinciden otra vez en la misma época, casi en el mismo año: la revolución liberal de Riego fracasa en 1820; el motín de los decabristas rusos en 1825. El desenlace es la guerra civil, el año 1918 en Rusia, el 1936 en España, entre unas convulsiones cuya vehemencia descubre un abismo de tormento interior y sobrepuja a todo cuanto estaba acostumbrada a ver Europa en este orden. En ambos casos se trata del choque entre lo gótico innato del alma y la intrusa cultura prometeica; es la decisión grandiosa y cruenta de la lucha entre el espíritu del paisaje y el espíritu de la época.

El *paisaje español*, exceptuando las fajas costeras, es una llanura quemada por el sol, con unos oasis de extraordinaria hermosura, una planicie interminable que por su amplitud fue comparada con las estepas de Rusia, y hasta con los desiertos del Asia central. La comparación cuadra especialmente a Castilla, a la cual se debe —y no a la encantadora Andalucía— el alma española. El ambiente del paisaje castellano —como de fantasmas—, con sus fulgurantes fenómenos de luz, conduce al habitante más allá del horizonte del mundo, le lleva a lo infinito, a la cercanía de lo sobrenatural. Hace palidecer lo temporal y lo muestra como un reflejo mate de Dios. Comunica a la vida un tono sacro. En este paisaje, que con su amplitud ensancha la mirada y el alma, solo puede crecer, como en las estepas rusas, un hombre de sentimiento universal; y la cultura por él formada solo puede ser una cultura del fin. Sus notas características resaltan con tanto

mayor relieve en el español, cuanto más se entrega este, sin reserva —como el ruso— al espíritu de su paisaje. Cuatro quintas partes de la población viven en el campo. Son campesinos y siguen siéndolo hasta en las ciudades. En Sevilla, una ciudad con un pasado de tres milenios, solo se ven labriegos por las calles. La cultura española no es cultura de ciudad, como no lo es la rusa. Los fenómenos auténticamente urbanos del capitalismo y de la retórica son extraños. El español es más silencioso y más parco en palabras que cualquier otro meridional. Propio de la cultura del fin es el silencio.

*Dios solo.* Esta es la sabiduría fundamental de España: Dios y el alma; todo lo demás es nada. El espíritu español, como el ruso, es el punto por donde han de irrumpir los poderes superracionales, que lo llenan de fervor y de sombras. Aclimatación en lo eterno; tal es la perspectiva, desde la cual —por encima de todas las diferencias de estirpes— podemos hablar del español. Vive, consciente o inconscientemente, a la vista de la eternidad. Conmovido siente la verdad, la realidad de Dios y la inconsistencia del mundo, que es un «sueño». El rasgo fundamental de su alma es la religiosidad. De ahí que ni la antigua Roma, a pesar de una dominación de quinientos años, ni pudiese llegar a ejercer una influencia duradera sobre España, ni la Reforma alemana, al chocar con los españoles, rebotase tan impotente como al chocar con los rusos. Tampoco cuajó el Renacimiento italiano; apenas rozó al español. ¡Ni Botticelli ni Maquiavelo! Problemas referentes a la forma nunca han podido llenar el agitado ánimo español; y el cinismo de Maquiavelo le repugna. Frente al teórico florentino de la política fueron precisamente reyes españoles —señores de la tierra en el siglo de oro de España— los que suministraron la contradocctrina española, tomando sus decisiones, por decirlo así, ante los ojos de Dios, dispuestos al más riguroso examen de conciencia. (Una lección para la humanidad: tuvieron éxito, todo el tiempo que así obraron).

El progreso técnico no le agrada al español. «Que inventen

ellos», gritó Unamuno a su pueblo. Yo me siento «con un alma medieval, y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado esta a la fuerza por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución [de 1789], aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar el alma, conservando intacta su herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos». Los españoles no son un pueblo moderno —no lo son más que los rusos— ni pueden serlo: por eso cree Europa poder reírse un poco de la España atrasada como de la Rusia rezagada. Estas notas —que ahora se destacan en tono de vituperio— serán un día timbre de honor para ambos pueblos.

La época gótica habría sido la más viable para el alma española. Pero ¡qué fatalidad!: mientras iba desplegándose el eón gótico, España sufría bajo la opresión de los árabes, y cuando, finalmente, recuperó la libertad, el gótico estaba ya en la agonía. Aquí tenemos el motivo más profundo por el cual España, en el estrecho linde de la época gótica y la prometeica, subió con la rapidez del rayo —en cuanto sacudió el yugo extranjero—, y volvió a ascender a su altura después de unos pocos decenios. Únicamente pudo florecer el alma española mientras estaba vivo el arquetipo gótico —últimamente en el barroco, en la época de la Contrarreforma—. Fenecen sus grandes posibilidades juntamente con la época gótica.

Se ha hablado del cristianismo innato de los rusos, y también —con no menos derecho— del catolicismo innato del español. La religión católica, según Madariaga, es el corazón de la cultura española hace veinte siglos. El intento de explicarse este catolicismo inconsciente se ve en Unamuno. Religiosidad es lo que inunda toda la vida española, especialmente el arte. Nada hay más íntimo que la mística española: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz..., o la pintura barroca española. ¡Cómo pintaba Zurbarán la ascesis y Murillo los éxtasis! En humanidad, levantada sobre sí, respira la dicha etérea del alma totalmente unida con Dios. La arquitectura religiosa se desarrolló ricamente, mientras que la profana se atrofió. El teatro apenas se alejó de los orígenes

religiosos de la tragedia, y siempre volvía a los mismos, sin constituirse en «instituto moral». En ninguna parte pudieron fundirse el escenario y el templo en una unidad tan firme, hoy apenas concebible, como en España. El drama era la exposición mímica de la Sagrada Escritura; por esto lo fomentaba vivamente la Iglesia. En las escenas favoritas del público, ávido de funciones teatrales, figuraban siempre las representaciones de milagros, martirios y conversiones. Calderón, el clásico del escenario español, dramatizaba con preferencia ideas tomadas del caudal religioso. Era autor, director de teatro y sacerdote. Hasta en torno del Estado y la política soplan un aliento religioso. Durante el reinado de la Casa de Austria, la monarquía española —como la rusa en tiempo de los Romanov— se aproximaba a la teocracia.

El hombre religioso no vive de la pura razón. «Santa Teresa vale por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la razón pura*». Con esta frase rechaza Unamuno a Kant, que cuadra tan poco a los españoles como a los rusos. Sed de inmortalidad, nostalgia del mundo sobrenatural, es para el español, *más allá de todas las razones*, la fuente de energías que alimentan su vida y su cultura.

*Hay que ganar la vida, que no fina,  
sino en razón o contra ella.*

Así termina un soneto de Unamuno.

El hombre de la cultura del fin no atiende a lo finito. Ante sus ojos se deshace la realidad en niebla. De esta atmósfera de sueño proceden en la pintura rusa las fantasías demoníacas de Vrubel, y en la pintura española las figuras excesivamente alargadas del Greco, el griego que se hizo toledano. De este mismo mundo de sueños salen el *Don Quijote*, el poema clásico de España, y *El idiota*, la novela más rusa de Dostoievski. Don Quijote y Mishkin son hombres que se arraigan firmemente en el suelo de un mundo distinto; pierden la realidad y no saben ya moverse en ella. Aquel es un loco, que con la más pura intención comete las peores

sinrazones, el Caballero de la Triste Figura; este es exótico desmañado, que hacen objeto de sus maliciosas sonrisas las hijas del general Epanchin. El tipo opuesto a ambos es el hombre norteño, hombre de éxitos y hazañas. Como hombre de la cultura del fin, el español no pone su corazón en los bienes de la tierra. Juan de la Cruz amonesta:

*Cuando reparas en algo,  
dejas de arrojarte al todo.*

Por esta postura fundamental hay que explicar el hecho de que el incendio de Moscú solo tenga su similar —aunque en formato más reducido— entre los españoles: la defensa de Zaragoza en 1809. Su grandioso desprecio de los bienes llamó a la atención de los enemigos de España.

Porque el español siente a lo religioso, es *hombre sin normas*. Deja al cielo las preocupaciones por las cosas de la tierra. Según Ortega y Gasset, el pueblo de Europa más reacio a reglas. El drama español desprecia —a diferencia del drama francés— las reglas de la unidad de lugar y tiempo. La fantasía floreciente no consiente una estructuración rígida. Por el mismo motivo se inclina el español a la anarquía; se siente atraído —como en las escenas de Bakunin— al socialismo anárquico, no al dictatorial. (De ahí el significado político del ejército como uno de los factores que velan por el orden interior.) De la falta de reglas a la falta de medida; el estado anímico del medio. Es maximalista, sin zona templada. De exigencias absolutas. No consiente compromisos. Siempre oscila entre extremos, entre absolutismo y anarquía, entre santidad y barbarie, entre Dios y el caos. Desmesurada es la sed de amor de don Juan, desmedido es El Escorial en la elección de sus proporciones estructurales y en el amontonamiento de sus materiales de construcción, erupción petrificada de un querer ciego, furioso. El español, como el ruso, tiene una fuerza elemental, mas no disciplinada. Vehemencia, θυμός, no disciplina.

También entre lo social le falta al español —como al ruso— la

niveladora *pieza de en medio*. Hay una desproporción entre la «élite» y la masa. Faltan los intermediarios entre los de arriba y los de abajo. Frente a una delgada capa dirigente, de alta formación, con sus latifundios, se encuentra una masa indiferente. Es demasiado débil el grupo social de en medio, que pueda recoger fuerzas de abajo y dirigirlas hacia arriba, para disminuir la capa inferior y llenar la superior. Consecuencia de ello es que España —como Rusia— no tuvo en la Edad Media sistema feudal, en cambio hasta los tiempos modernos ha habido en ella un fuerte analfabetismo. Las diferencias que existen en la trabazón de la sociedad pronto se reflejan en las deficiencias de la trabazón psíquica.

Los hombres que viven ante el acatamiento de Dios —¡y solamente ellos!— son capaces de sentir fraternalmente. De ahí que en España como en Rusia haya una *fraternidad* verdadera. También en España son sentidas como verdades vivas las fórmulas de «iguales ante Dios» o «hermanos en Cristo». Ante la instancia suprema, divina, todos: el monje, el mendigo, el soldado, el hidalgo, el grande y el rey tienen la misma dignidad: la del alma llamada a la eternidad. Esta dignidad metafísica es la gloria del español. La jerarquía social deja intacta esta dignidad. El caballero se sienta en la taberna junto al vagabundo, el aguador va junto al rey, acompañando al Santísimo Viático. Felipe II, procurando no llamar la atención, se arrodilló junto al campesino, que por equivocación se había sentado en el banco del rey. A todos, al mozo de cordel como al arzobispo, se les habla diciendo: «Señor». El título que se da al rey en los preámbulos de las leyes, es, sencillamente, «Señor». Nos encontramos ante el mismo democratismo auténtico que dio origen en Rusia a la costumbre de llamarse por el nombre de pila y el del padre. No se subrayan el título y el orden —que distancian a los hombres—, sino la común dignidad humana. «Si no puedo ser filósofo —confiesa Jaime Balmes, el mayor pensador español del pasado siglo— sin dejar de ser hombre, dejo la filosofía y me voy con la humanidad». Recibir limosnas no es humillante en España como no lo es en Rusia,

porque también el pordiosero tiene su dignidad; le brinda al rico la feliz coyuntura de poderse mostrar cristiano. Solamente en un pueblo de sentimientos fraternales pudo llegar a la madurez el pensamiento de solidaridad proclamado por Dostoievski. Este pensamiento fue expresado también en España, independientemente de los rusos. Unamuno habla de la general conculpabilidad de los hombres e invita al individuo a cargar sobre sí, como cosa propia, la culpa general de la sociedad, que sobre todos pesa. ¿No se recuerda la Sobornost rusa al leer en Unamuno que la casa del Señor es la más santa por ser el lugar de la queja común? Esto significa que solamente el hombre de sentimientos fraternales encuentra el camino que va hacia Dios; pensamiento igualmente caro a rusos y españoles.

El español, se dice, es individualista; y lo prueba su inclinación a la anarquía. Exacto; pero el individualismo español no ha de confundirse con el individualismo germánico. El ideal español de la persona se funda en base cristiana y no suprime el pensamiento de fraternidad. ¡Cómo defendía Teresa este personalismo cristiano contra el culto pagano que el Renacimiento tributaba a la persona! El español ama la libertad personal por amor a la eternidad, no por amor al medro terrenal. Busca la propia santificación, no el propio encumbramiento.

Cuanto dijimos respecto del ruso, *hombre de alma*, sobre un modo de pensar (pensar de expresión, mirada universal) y su forma de pensar (pensar abierto), puede aplicarse también a los españoles. En su vitalidad fuerte, original, dan al alma la primacía incondicional sobre la cosa. En el arte prefieren dar expresión al mundo interior que copiar el mundo exterior. Para ellos el hombre es en primer lugar un ser que siente; y solamente después, un ser que piensa. «Otros pueblos nos han dejado, sobre todo, instituciones, libros; nosotros hemos dejado almas», exclama Unamuno. Muy pronto dio España exquisitos conocedores del alma: Teresa, Juan de la Cruz. Las investigaciones de este sobre la sequedad del alma (*siccitas*), en que se agota el sentimiento creador, son todavía hoy objeto de estudio para la psicología. El

análisis y la sistematización no cuadran al español. Este considera que el símbolo, el sueño y la poesía son formas más adecuadas para expresar la verdad. En los anales de las ciencias exactas no se consignan grandes nombres de españoles. Tampoco tiene España filósofos. Sus mentalidades de primera fila hasta Unamuno y Ortega y Gasset son poetas o ensayistas. Sus obras tienen más parecido con el romance que con el escrito científico de especialización. No es la filosofía de escuela la que contiene el caudal espiritual español, sino la poesía, la mística y la sabrosa vida popular. La forma de expresión típica en España es el romance. Su secreto está en comenzar *ex abrupto*, terminar de un modo sorprendente, y conservar la apariencia de fragmento, que solamente en la emoción del poeta o del oyente puede ser saboreado como un todo acabado. En el estilo del romance hicieron sus cuadros Velázquez, Zurbarán, Murillo, de un modo impulsivo, casi improvisado. Por doquier tropezamos con el espíritu del fragmento, lo mismo que en suelo ruso. El alma entregada, que no se apega a las particularidades, sino que —siendo ella misma indivisible— busca el todo, desprecia el sistema y la metodología; al vuelo de su pensar rapsódico roza la meta de su nostalgia universal. Con esta postura fundamental el español es sensible para los valores femeninos. El culto mariano cundió en España y tomó allí tal incremento en el siglo XVII que la Madre de Dios casi parecía que iba a eclipsar a su propio Hijo. ¿Podemos considerar simple casualidad el que precisamente en España la cláusula del derecho hereditario de la ley sálica no estaba vigente, de modo que el trono podía ser heredado también por línea femenina?

Con la época prometeica empieza *la tragedia española*. A la vista de la cultura moderna, con sus éxitos cada vez más brillantes en el campo técnico, el español empieza a dudar de su propio ser y del valor del mismo. Espasmódicamente, pero en vano, defiende la religiosidad innata contra la embestida materialista de los nuevos tiempos. Su alma llega a enfermar. Tal es el destino trágico, pero inevitable, del hombre de la cultura del fin en una

época del medio. Así la psique española recorre el camino del alma rusa. Es mesiánica mientras espera poder salvar este mundo para el mundo sobrenatural; y se torna nihilista en cuanto pierde esta esperanza. Pronto se sienten *ambientes apocalípticos*, el anhelo de ver el final del mundo. Una de las representaciones artísticas más renombradas que muestran la visión del ocaso del mundo procede de España. Al final del siglo VIII, el monje Beato, huyendo de los moros, compone entre las montañas asturianas un comentario del Apocalipsis, que luego es copiado de convento en convento, y enriquecido con variaciones siempre nuevas de miniaturas que tienen por tema único el fin del mundo.

Porque se desean catástrofes, se las prevé. Mientras la cultura prometeica va acercándose a su punto culminante, anuncia Donoso Cortés, en una carta dirigida al cardenal romano Fornari, las conmociones apocalípticas:

Su orgullo ha dicho al hombre de estos tiempos dos cosas, y ambas se las ha creído: que no tiene lunar, y que no necesita de Dios; que es fuerte y que es hermoso; por esto le vemos engreído con su poder y enamorado de su hermosura... Descartado así todo lo que es sobrenatural..., el hombre... convierte sus ojos hacia la tierra y se consagra exclusivamente al culto de los intereses materiales. Esta es la época de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las fiebres de la industria, de las insolencias de los ricos y de las impaciencias de los pobres. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa es seguido siempre de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la historia graban perpetuamente en la memoria de los hombres. Para conjurarlas se reúnen en consejo los prudentes y los hábiles; el huracán, que viene rebramando, pone en súbita dispersión a su consejo y se los lleva juntamente con sus conjuros... Entre la verdad y el error no hay medio

ninguno, entre esos dos polos contrarios no hay nada, nada, sino un inmenso vacío.<sup>1</sup>

Esto fue escrito en 1852. En el mismo año y con la misma convicción compuso Kireievski su escrito intitulado *Del carácter de la formación de Rusia en relación con la formación de Europa*. Españoles y rusos son los primeros que hablan del fin del hombre prometeico; y lo hacen con cierta fruición, y se relamen con el pensamiento de que es inevitable su ocaso.

Cuanto más dolorosamente se siente la ruptura entre ambos mundos, tanto más trágico se torna el sentimiento de vida del español. El filosofar de Unamuno es un solo monólogo sobre *el sentimiento trágico de la vida*. De un oscurecimiento apocalíptico salió ya la Inquisición. Fue la respuesta española al principio de un eón no español. Fue el último y grandioso intento de reconducir Europa a viva fuerza al camino recto. Con los medios del nuevo tiempo trabaja por los ideales de los tiempos antiguos; es una especie de juicio universal en manos de los hombres.

En el umbral de la época prometeica el español, herido mortalmente en su sentimiento universal, lucha por la unidad de la comunidad cristiana hasta llegar al delito público. Cuanto más inútil parece la lucha, tanto más inerme cae víctima del ateísmo. Y cuando el hombre de la cultura del fin se torna ateo, se hace nihilista, se subleva contra Dios y el mundo. No pasa indiferente delante de las iglesias, sino que las incendia. Solamente en Rusia y en España vio el mundo la profanación organizada de los templos. Solamente estos dos pueblos peligran hace un siglo de descomponerse en bandas de nihilistas. Tienen de común la violencia con que destruyen lo antiguo para poner en su puesto algo nuevo o... nada. Hay un *nihilismo español* como hay un nihilismo ruso y como no lo hay en ninguna otra parte. Es la forma en que pecan los servidores desesperados de Dios. Indica el

---

1. Juan Donoso Cortés, *Obras*, ed. Juan Manuel Ortí y Lara, 4 vols. (Madrid, 1903-1904), II pp. 389, 394. (N. del E.)

término de un camino que de la melancolía conduce al furor y a la locura. Con salvaje destrucción se descarga el dolor universal de centurias, el dolor de las culturas del fin, por tener que vivir todavía en el mundo, en una nada. Conduce a la proximidad íntima de la muerte. De ahí la predilección del español por la calavera como símbolo, el placer que siente en las danzas fúnebres y parentaciones —especialmente grandiosas a raíz del fallecimiento de Carlos V—, el grito de «viva la muerte» que recuerda el «vive la mort», de Herzen. A la muerte dedica Felipe II El Escorial, el edificio más grandioso que hay en suelo español. Apenas hay un epitalamio en que no se recuerde la muerte. Porque el sufrimiento nos acerca a la muerte y a la redención, arde el español —como el ruso— en afanes de sufrir. Martirio es el ardoroso anhelo de Cipriano en *El mágico prodigioso*, de Calderón. La Madre de Dios, atormentada, martirizada, privada de su Hijo, llega a ser el tema favorito del arte. María, llena de dolor, y no la Mujer hermosa con el Niño, es la *Madonna* española. El hombre de la cultura del fin mira el mundo como una nada. Mientras sigue creyente, tras la nada se abre para él la eternidad. En cuanto pierde la fe, tras la nada del mundo ve abrirse las fauces de... la nada absoluta. La respuesta del alma a esta visión es odio y horror.

Dos artistas señalan en la historia de sus respectivas naciones el punto en que el mesianismo degenera en nihilismo: Goya y Vereshchaguin. Surgen en la misma etapa de enfermedad de sus pueblos. Son realistas según la forma, pero nihilistas según el contenido de sus obras. Ambos tratan todavía temas religiosos. Pero es en estos donde más flojos son. Cuando representan la muerte y el asesinato son maestros. Goya pinta el fusilamiento de unos rebeldes españoles, Vereshchaguin el ahorcamiento de unos nihilistas rusos, la crucifixión de antiguos mártires cristianos, la matanza de cipayos indios. A los horriblos *Desastres de la guerra* de Goya (1809), corresponden las ilustraciones de la guerra balcánica de Vereshchaguin (1877). Sueños tan diabólicos como los de Goya solo podían germinar en otro cerebro,

nihilísticamente desolado, el de un ruso. ¡Qué ocurrencia!: ¡representar una mujer que arranca un diente a un ahorcado! (Un tema que parece tomado de una novela de Andréiev.)

Cuando el hombre de la cultura del fin pierde a Dios, lo pierde todo. Entonces ya no les es dado instalarse sobre la tierra. Se encuentra ante esta disyuntiva: jerarquía o anarquía. (*Anarquía o jerarquía* es el título característico que Madariaga escoge para uno de sus libros sobre España). Cuando no era ya la fe el centro de la vida española, sino que lo eran la violencia, el poder por amor al poder, el oro, la vida holgada, empezó a desmigajarse el dominio español. Una cosa tras otra fue perdiéndose todo: los Países Bajos, Milán, Nápoles, las colonias americanas, hasta que, finalmente, por los movimientos de libertad vasco y catalán penetró el particularismo en la península ibérica. El desmoronamiento corre parejas con la secularización. Cuanto más profundamente se ve metida España en el eón prometeico, tanto más va perdiendo su poder, tanto más dolorosamente ha de sufrir, tanto más penosa es la impresión que produce de ser una nación envuelta en noche oscura.

*El pensamiento nacional español* está más cerca del ruso que cualquier otro. Consiste en difundir el cristianismo y defender la unidad de la fe cristiana. Como hombre del sentimiento universal, el español no se detiene en las fronteras de su propio país. En cuanto se logró la unidad mediante la unión de Castilla y Aragón, España dirigió la mirada hacia fuera, al mundo. El concepto español de la comunidad no es la nación o la *civitas*, sino el todo, el universo, el concepto más amplio que pueda formarse en la conciencia humana. En su idealismo religioso se fija objetivos ecuménicos, y —sintiéndose soldado de Dios— hace política mesiánica, llamada a instaurar sobre la tierra la fraternidad mundial. Ya en la unión de Castilla con Aragón se subrayó la tendencia hacia el mundo de la fe. Carlos V, el primer gran europeo, sentíase llamado a salvar la unidad cristiana. Todas las veces que la sustancia cristiana se vio amenazada en Europa, levantáronse los españoles para defenderla: Domingo, Ignacio,

Teresa. Isabel impuso a los colonizadores el deber de ganar almas para Cristo en las nuevas tierras que acababan de ser descubiertas. La base jurídica de las conquistas coloniales era la misión religiosa de convertir. También la Armada debe su origen a un impulso religioso. Fue equipada para la recatolización de Inglaterra.

La amplitud de su espíritu hizo de España la primera nación que logró la unidad y la primera que concibió como idea la política mundial. En la Europa moderna fueron los españoles los primeros que pensaron de un modo internacional. Partiendo de la teología, fundaron el dominico Francisco Vitoria (1486-1546) y el jesuita Francisco Suárez (1548-1617) la ciencia del derecho de las gentes; ellos vieron en cada pueblo un miembro solidario de la comunidad natural y universal de los pueblos. *Res publica totius orbis*. El *Orbis* político como realidad es una idea española.

Como enemigo de las normas, el español no se siente inclinado a la centralización. El Imperio español, aun en la época de su mayor extensión, era una multitud de reinos con libertades regionales determinadas. Mas no ocurre lo mismo en la cuestión de la unidad eclesiástica. En este punto el español es inexorable. Porque en este punto no se trata de simples cuestiones de organización, sino de conservar pura la sustancia universal de lo religioso. Por ser la Iglesia el reflejo de Dios en esta tierra, no puede haber más que *una sola* Iglesia. La formación de sectas es politeísmo. Cada herejía pone en tela de juicio la universalidad de Dios. De ahí el profundo odio del español a los herejes.

Entre rusos y españoles no existen tan solo semejanzas sorprendentes en la periferia de la vida, sino coincidencias en el centro del alma. Son los dos pueblos que, bajo el espíritu de su paisaje, no han podido realizar incómunos la transposición del sentimiento del todo al sentimiento de punto, de la cultura del fin a la cultura del medio. Misión de ambos es pregonar la realidad de Dios en el mundo de lo inconsistente. Deslumbrados por la imagen falaz de la civilización occidental, traicionaron su misión. Por esto hubieron de hacer penitencia ante todos los pueblos de la tierra mediante una múltiple miseria. Cuando quede cancelada la

culpa, se levantarán en el nuevo eón a una nueva grandeza, y renovarán la fe en la primacía del espíritu sobre el poder, en la primacía del alma sobre la cosa. Hace decenios escribió Unamuno: «¿No es nada nuestra mística? Acaso un día tengan que volver a ella, a buscar su alma, los pueblos a quienes Helena [el ideal del Renacimiento] se la arrebatara con sus besos». De todos modos esta es la misión de España. En otro lugar dijimos que también la misión de Rusia era devolver al mundo el alma perdida.

Cuando más va palideciendo el arquetipo prometeico, tanto más visiblemente sube España. Porque sube. Lo dijeron españoles (Madariaga, Ortega y Gasset) y no españoles (Keyserling). España ha entrado en una época de actividad espiritual como no se ha visto desde los días de Cervantes. Hay indicios de que el español actual empieza a dirigir nuevamente la mirada más allá de las fronteras de su propio país; de ahí podemos colegir el próximo resurgir de la conciencia de su misión. Van intensificándose, ante todo, las relaciones culturales entre España y la América del Sur. Solamente con la vista puesta en el puente espiritual que se tiende sobre el océano, puede medirse de lleno la importancia futura de España. En la península ibérica —y en las próximas generaciones— se decidirá no solamente el destino cultural de España misma, sino también el del continente sudamericano.

*Perspectivas culturales del porvenir:* En el Oriente aparece el alma rusa purificada por el dolor. Desde el Sur se adelanta la España renacida hacia el mundo viejo y el nuevo. Y desde el Occidente le llegan luces del pueblo chino al espacio prometeico. (También este desarrollo está en buen camino. Ya William James [† 1910] creyó poder comprobar que por tierras norteamericanas está en vía de formación —bajo influencias mongólicas— un nuevo tipo de hombre, de corazón más caliente). Así el hombre prometeico se ve amenazado por el Oriente, por el Sur y por el Occidente. Ojalá quedase derrotado en este triple cerco.

Walter Schubert, *Europa y el alma de Oriente* (Madrid, 1947), pp. 257-268.